

CARTA DE INGLATERRA

EL TIMES LITERARY SUPPLEMENT del 16 de agosto de este año —un número especial con el título de “Un sentido de la dirección: examen de los esfuerzos de los escritores para conservar o recobrar el contacto con las realidades de la vida cotidiana, en los términos de la literatura moderna”— contiene investigaciones de casi todos los países importantes de Europa, Asia, de los Estados Unidos y Latinoamérica y de los países del Imperio Británico.

Es una característica de nuestra época el que los escritores hayan sentido la necesidad de hacerse tal pregunta: cómo conservar o recobrar el contacto con la realidad cotidiana. Antes de Rousseau difícilmente un escritor se hubiera formulado tal pregunta, aunque quizá, asomó en las mentes de Milton y John Bunyan mientras luchaban por ser puritanos y morales en una época de alegre caballería. En general, sin embargo, hasta el fin del siglo XVIII los escritores tenían algo que decir, y lo decían; obviamente esto era real, y no podía haber ningún problema en este sentido, ya que no tenía caso preguntarse cómo era posible recobrar un contacto que nunca habían perdido. Pero en aquel momento de la historia empezó a ponerse de moda en los círculos literarios una extraña búsqueda psicológica y ahora el hábito es tan general que el autor se siente casi compelido a actuar como su propio inquisidor y preguntarse: ¿Tengo una base? ¿Estoy parado firmemente en ella? ¿Hay alguna implicación, aún en mi cuento más inocente, que pueda ser tomada en un sentido político o económico que yo no desee?

Porque lo extraño es que el problema del contacto con la realidad de la vida cotidiana se considera como un problema político, o cuando menos, económico-social. Si uno se interesa por la guerra, por el estado, por las uniones sindicales, o por elevar el nivel de vida de los trabajadores, está, por un acuerdo tácito, en contacto con la realidad. Si por el contrario, lo que a uno le interesa es elevar el nivel de comprensión de otros y de sí mismo, ya sea en relación al mundo externo o en lo que se refiere a los sentimientos de la vida espiritual de los seres humanos, entonces uno es un escapista. Es claro, sin embargo, que ninguna estabilidad económica bastaría por sí sola para mejorar ni en un ápice, la capacidad para comprender este complicado mundo que nos llega por medio de los sentidos y que, *sin pretender ser demasiado filosóficos, no llegaremos nunca a conocer por completo.*

Hay, sin embargo, una razón para la pregunta, y es una razón que se agudiza conforme se incrementan las pláticas sobre la bomba atómica y la guerra total. El primero de los editoriales del *Times Literary Supplement*, cita “La novela y el pueblo” de Ralph Fox escrita entre las dos guerras, que dice: “Ellos (los novelistas) saben que viven en una época en la cual se está decidiendo nada menos que el destino de la humanidad, y están profundamente resentidos de que los destinos del hombre no puedan ser decididos por aquellos cuyo orgullo tradicional ha sido siempre el humanismo”. Es obvio que la humanidad puede fácil-

LOS ESCRITORES Y LA REALIDAD COTIDIANA

Por Irene NICHOLSON

mente suicidarse cualquiera de estos días. Y, entonces ¿dónde estaría la realidad? El problema es urgente y, sin embargo, muchos autores se sienten en el papel de Nerón, y tocan el violín mientras estallan las bombas atómicas. El problema es, tal vez, que no saben como resolver el problema.

Fué Sartre el primero que habló de una “litterature engagée” y deseó enrolar a los escritores en “un intento de defender los últimos bastiones del humanis-



“más humor en la literatura”

mo”. No está demostrado que el existencialismo pueda concebirse como un bastión capaz de defender al humanismo. Y es igualmente dudoso que cualquiera de los credos políticos existentes pueda hacerlo mejor. Así que los escritores tienen que pensar, y pensar rápido, *a qué quieren obligarse.* Veamos en qué forma los diversos autores anónimos de los artículos del *Times Literary Supplement* (TLS) —todos objetivos y muy bien escritos— consideran que la pregunta ha sido respondida en los diversos países a los que se refieren.

Es un signo interesante que en Rusia, un pequeño grupo que escribe en el “Literaturnaya Moskva” esté intentando según el TLS, “rescatar la responsabilidad del escritor de las distorsiones estalinistas y restaurarla en su amplio significado original. Insisten en que las obligaciones no deben confundirse con la utilidad política inmediata o con la supervivencia política, que restringe el impulso artístico del escritor y sus urgencias de innovación”. No podemos menos que recordar que Arthur Koestler, que fuera antes un firme partidario del comunismo, tuvo que retractarse porque no pudo admitir la “utilidad política”, los cargos inventados y los remedos de proceso.

En los Estados Unidos, de acuerdo con el TLS, “el grupo más grande de escritores... no está obligado a otra cosa que no sea relatar sus experiencias personales”. Esto está muy bien en la medida que se realiza, pero desde el momento en que la experiencia personal tiene que ser violentada, aunque sea igual a causa de alguna obligación pre-establecida, es claro que el escritor pierde su integridad. Uno no puede imaginarse a Shakespeare, tras de observar qué voluble puede ser la psicología de las multitudes, suprimiendo las escenas de masas del “Julio César”, para evitar que alguien las considerara propaganda en contra del “pueblo”. Sin embargo los escritores de todo el mundo están hoy en peligro de tener que acondicionar sus experiencias y seguir creyendo que están presentándolas en toda su pureza.

Shakespeare era algo más, por supuesto, ya que, entre otras cosas, era también, un observador de la vida, tanto como Edward Hoagland es “un joven estudiante de Harvard que en sus vacaciones de verano fue transportado con los baúles y vagones de un circo ambulante de Michigan a Pennsylvania, trabajó en las enlatadoras de pescado, y en las montañas del sur de California, formó parte de una multitud armada”. Si esta clase de cosas la hicieran más escritores, no habría que preocuparse tanto por si estaban o no en contacto con la realidad. En una gran medida, esta preocupación se debe a que los escritores se han convertido en seres gregarios, que hablan solamente entre sí, viven en comunidad cerradas y escriben sólo para los de su grupo. De no ser por esto, no podría haberse planteado nunca el problema de la realidad frente a la irrealidad.

El artículo sobre los escritores italianos le deja a uno la extraña impresión de un país que ha confundido el realismo con la polémica política. En el artículo de España, por el contrario, leemos que aunque Camilo José Cela advierte al lector que “evitará convertirse en un



Sartre—“une litterature engagée”

entrometido, y arriesgarse a recibir una bofetada, por obtener conclusiones filosóficas, políticas o morales", no es en ninguna medida un escapista y "su pintura objetiva de la escena moderna es magistral".

Holanda tiene relativamente poco que ofrecer, aparte del ahora bien conocido "Diario de una muchacha" de Anne Frank, la judía de quince años deportada de Amsterdam a Polonia y finalmente asesinada por los nazis. Hace poco, en Londres, tuve oportunidad de ver una representación teatral de esta obra, y si estaban fuera de toda duda la sinceridad del escrito y lo directo de su atractivo, la historia fracasaba como drama, lo que demuestra, de hecho, la imposibilidad de tomar "una tajada de la vida" y ponerla sin adornos en la escena. La obra, me parece por sí sola, la evidencia más convincente de que no basta que el escritor esté vinculado con la "realidad" sino también que debe crear, con medios más limitados que la vida misma, una verdad más noble y grande que los fragmentos de realidad que se ve forzado a emplear, no más pequeña y mezquina.

El artículo llamado "Los escritores silenciosos de Hungría" es el más patético de todos. Es la historia de un país en el que las condiciones son demasiado malas para el arte, para escribir, y en general para todo aquello que no sea lucha, amargura y martirio. Esto es, quizá, una advertencia: los escritores deben vincularse, sin duda, con la libertad, antes de que sea demasiado tarde y ya no tengan ninguna. Esto no quiere decir, claro está, que corran hacia el asesino más cercano que grite "libertad" con todas sus fuerzas, mientras prepara los grilletes para cualquiera que no le sea simpático.

Y ahora, Latinoamérica. En Europa se sabe ya que los escritores latinoamericanos no tienen ninguna obligación de seguir los pasos de sus primos europeos. "Un poeta brasileño, no se sentirá halagado por una constante referencia a los poetas de Portugal", dice el artículo, "ni tampoco un ensayista mexicano se sentirá elogiado si su pensamiento se conecta con las normas que ahora reinan en Salamanca o Madrid". Esto es sin duda cierto, pero también hay el hecho poco afortunado de que el "novelista peruano... no siente un gran interés por los trabajos de un camarada chileno o boliviano, aunque sólo sea porque en un continente tan vasto las comunicaciones son muy difíciles, y a que las diferencias de valores monetarios hacen prohibitivo el traslado". Esta falta de intercambio entre los latinoamericanos restringe, de hecho, la cantidad de lectores que un escritor pueda esperar de sus propios conciudadanos, e impide cualquier imposición crítica de los escritores de una república para con los de otra. Los escritores jóvenes no pueden compararse a sí mismos, mas que en un nivel muy limitado y deben tener una integridad considerable si no quieren imaginarse a sí mismos maestros de su arte cuando no han tenido, quizás, mas que uno o dos éxitos locales.

El escritor anónimo dice: "Las Repúblicas de América existen por un acto de voluntad". Esta es una afirmación interesante, y me pregunto si implica que no existe ninguna barrera lingüística



Saint-Exupéry—"relata sus experiencias"

(excepto entre Brasil y el resto) y muy pocas diferencias raciales, y que aun las barreras de las cordilleras, los pantanos y las selvas se están convirtiendo en algo menos restrictivo y medida que aumentan los viajes aéreos. Ciertamente, desde un punto de vista literario, todas esas repúblicas ganarían mucho si estuvieran más unidas de lo que están.

No concuerdo con el juicio del escritor que dice que las influencias más importantes en la literatura latinoamericana hoy día, son las de Estados Unidos y, en menor escala, las de Alemania, Italia, Japón y Francia. Inglaterra, ni siquiera se menciona, y me pregunto por qué cuando es un hecho que T. S. Eliot, Graham Greene, Evelyn Waugh, Aldous Huxley, Somerset Maugham, Bernard Shaw, Dylan Thomas, y muchos otros, son leídos ampliamente.

"Antes de que un latinoamericano pueda escribir", dice el autor del artículo, "ha decidido exactamente a quienes se está dirigiendo y con qué objeto — dos decisiones que le imponen una obligación más activamente, quizá, que en ninguna otra parte del mundo". Esto parece verdadero, pero no estoy del todo segura en lo que toca a la cita siguiente: "Los latinoamericanos están aún a merced del dinero y de la especulación de los conquistadores financieros y los dictadores del hampa, en un grado tal, que tiene que verse para creerse. Ni tampoco es perdonable el materialismo en países que están luchando por alcanzar una adecuada dialéctica de la mente. Tanto el marxismo como el cristianismo han tomado giros muy extraños en Latinoamérica. Los liberales están en casi todas partes descontentos. La civilización, de hecho, es una extraña mezcla de cinismo, ignorancia y buen humor: lo que está lejos de ser el terreno ideal para que pueda crecer una literatura vital".

Yo creo que esta valoración no corresponde a la realidad contemporánea, y que hay mucho menos cinismo en Latinoamérica que en Francia. Las impresiones populares de todos los países, en lo que toca a la ignorancia, destilan suficiente. A mí me gustaría, por otra parte,

ver más buen humor en los niveles solemnes de la literatura.

"Muy pocas gentes", dice el escritor, "tienen tiempo para la literatura de su propio país". Este triste estado de cosas se agrava por la inundación de traducciones baratas. Se les haría un gran servicio a los autores latinoamericanos, que tienen que comer como todos nosotros, si a los libros que no tienen que pagar derechos de autor — como la inundación de obras de Julio Verne, Rider Haggard, etc. — se les impusiera alguna clase de impuesto.

Una afirmación extraña, que nos hace pensar en el principio de "no reelección", es el de que "los latinoamericanos no se sienten particularmente afectados por la tiranía". A lo cual agrega: "Es bastante difícil para los escritores e impresores ganarse la vida, lo suficientemente difícil, al menos, como para que un intelectual evite la sospecha de que está siendo mantenido por alguna de las agencias más o menos arbitrarias del gobierno." El trabajo del Fondo de Cultura Económica no se menciona, ni tampoco el hecho de que muchos escritores han representado a sus países en puestos diplomáticos.

En este excelente número hay muchos artículos que no he comentado, y me he permitido dejar para el final a Francia y a Dinamarca a causa de dos citas que contienen. Una es de "*Le dossier Jean Muller*", las notas de un joven que fuera asesinado el año pasado en una emboscada:

"*Pour moi, j'essayé de practiquer l'Évangélie du Christ, d'être ouvert à tous, de ne pas faire de distinction entre races, d'aimer tout le monde*". El autor ha puesto sus anhelos muy lejos de nosotros. Más esto no es lo trágico — porque él está enterado de ello — sino el hecho de que agrega: "*Ça a été dur et quelquefois je n'y suis pas parvenu*". Por la esperanza y el fracaso uno siente la más profunda simpatía y recuerda el verso de Browning:

La esperanza de un hombre debe exceder a sus fuerzas, porque si no ¿para qué es el cielo?

Casi toda la literatura que se escribe hoy en día, en todas partes, especialmente en Francia, es pesimista, nihilista y cínica. Hemos tenido ya bastante de ella.

La otra cita es de H. C. Branner, un danés, que sintetiza el problema de la obligación del escritor en una forma sucinta y verdadera: "No creo en el valor creativo de los escritores que se expresan sobre temas políticos fuera de época... Su tarea es buscar la verdad que está detrás de las verdades, la realidad que está debajo de los hechos. Debe, sobre todo, evitar la propaganda política con sus crudas simplificaciones y juicios categóricos. Una propaganda que, en el mejor de los casos, nos da tan sólo una falsa impresión de la realidad al acentuar los hechos que confirman su punto de vista preconcebido, mientras que oculta aquellos que la contradicen". El arte, termina Branner, "es el cuadro del hombre por sí mismo, y lo que le sucede si la ceguera evita que se enfrente continuamente a sus propias características, tanto las buenas como las malas."